

# EL PEOR LUGAR EL PEOR LUGAR PARA SER MUJER

DOSSIER ADJUNTO A LA EXPOSICIÓN “UN BANQUETE CRUEL. POUR QUOI?” DE OUKA LEELE  
DEL 13 DE FEBRERO AL 18 DE MAYO DE 2014 EN EL CÍRCULO DE BELLAS ARTES DE MADRID

*En este reportaje de la revista Mundo Negro se describen los rasgos principales de la violencia sexual contra las mujeres en R.D. Congo, en sus distintos aspectos: las víctimas, los victimarios, el contexto bélico, las consecuencias personales y sociales, la atención y reinserción...*



Las mujeres de la República Democrática del Congo sufren la peor violencia sexual del mundo. Su cuerpo parece un campo de batalla: 200.000 casos en 15 años, 11.000 solo en 2010. Víctimas de la barbarie, estas mujeres necesitan una asistencia adecuada –sanitaria, psicológica y formativa– para poder rehacer sus vidas. Sin embargo hasta que no se vaya a las causas últimas del conflicto congoleño no dejarán de cometerse estos actos de violaciones como armas de guerra. La impunidad ante los crímenes y el cinismo a la hora de afrontar este conflicto regional dificulta que se ponga fin a tamaña monstruosidad.

### *Fizi, 1 de enero de 2011*

El año nuevo viene cargado de barbarie. Más de 50 mujeres son violadas por soldados del Ejército, cerca de un hospital de esta localidad de Kivu Sur, en la República Democrática del Congo. La deshonra, la humillación, el estigma, el horror.

«Antes de la agresión sexual, a las mujeres se las inmovilizó con cuerdas, se las golpeó con la culata de un arma de fuego hasta quedar inconscientes, y algunas fueron violadas ante sus hijos», explica Anne Marie Loof, coordinadora general de Médicos sin Fronteras (MSF) en Kivu Sur.

Hasta cuatro hombres armados participaron de manera simultánea en las violaciones, mientras que otros saqueaban las casas y tiendas de la localidad en un ataque coordinado por el Ejército regular del país. Se acusa de liderar esta ignominia al teniente coronel Kibibi Mutware, que lo niega y asegura que los soldados que hicieron la redada y cometieron los crímenes desobedecieron sus órdenes. Es el peor incidente de violaciones masivas en el que está implicado el Ejército congoleño. Pero no es el único. Cada cierto tiempo, como un goteo, llegan noticias de nuevas violaciones masivas en el este de la República Democrática del Congo.

Uno de los últimos pasajes del horror sucedió entre julio y agosto del pasado año (2010). Quinientas mujeres y niñas fueron violadas por una coalición de combatientes mai mai y la rebelión en trece pueblos del territorio Walikake, provincia de Kivu Norte. A pocos kilómetros se hallaba la delegación de la MONUSCO (Misión de Estabilización de las Naciones Unidas en la República Democrática del Congo, antigua MONUC). Se les avisó, pero no hicieron nada para evitarlo.

## Conflicto aún abierto

La unidad que lideraba Kibibi Mutware estaba formada por una mezcla de antiguos milicianos de grupos étnicos de habla Kinyaranda, según una fuente militar local. Las tropas del ejército regular fueron desplegadas en Fizi cuando comenzaron los enfrentamientos entre la mayoría del grupo babembe y sus vecinos banyamulenge, grupo étnico de origen ruandés, y que durante generaciones han tenido diferencias entre ellos.

No podemos decir que las diferencias étnicas sean el origen de esta guerra aún abierta, a pesar del acuerdo de paz firmado en Goma en enero de 2008, en donde dos docenas de diversos movimientos rebeldes y milicias se comprometieron al menos sobre el papel, a



poner fin a más de una década de conflicto en las provincias de Kivu Sur y Kivu Norte.

Hay otros factores que dificultan la pacificación de la zona: los programas de rehabilitación y reintegración de antiguos rebeldes y milicianos en el Ejército, lejos de ayudar a pacificar la región, han contribuido a volver más caótica la situación. La desconfianza y el miedo crece entre la población civil, al darse cuenta de que los mismos soldados que deberían garantizar su seguridad son los que cometen tales crímenes, mientras que los cascos azules miran para otro lado.

No se puede olvidar a quienes azuzan el odio y las tensiones -entre ellos Ruanda y Uganda-, ayudados desde el exterior con suministros suficientes de armas y estimulan la continuidad de la guerra para prolongar el saqueo de los inmensos recursos minerales de la región.

Las mujeres del movimiento global Marcha mundial de Mujeres, cuya última acción tuvo lugar en octubre de 2010 en Bukavu, aludían tras el encuentro a estas relaciones de violencia entre las mujeres y el conflicto: «Hay que terminar con la impunidad y hacer justicia a todas las mujeres víctimas de estos conflictos. Los intereses en juego a causa de la riqueza procedente de las materias primas de la región deben dejar de estar por encima

del respeto a la vida y a la dignidad de las mujeres», señalaba Sharan Burrow, secretaria general del Comité Sindicalista Internacional.

## Capital mundial de la violación

Desde 1996 se han registrado en el país unos 200.000 casos de mujeres violadas, según fuentes de la ONU. Una cifra a la baja para Margot Wallström, representante especial de la ONU para la violencia sexual, que ha calificado a la República Democrática del Congo "La capital mundial de la violación". Otros, como Karel de Gucht, ministro de Asuntos Exteriores belga, se atreven a afirmar sin ambages que «lo que está ocurriendo en la República Democrática del Congo es un genocidio sexual o un femicidio».

Las violaciones sexuales contra las mujeres y sus hijas han sido perpetradas por todos los grupos beligerantes en las numerosas guerras que han salpicado el territorio desde 1996. A los seis ejércitos extranjeros que intervinieron en la primera guerra (1996-1998) se sumaron más de 20 grupos rebeldes extranjeros y locales, entre ellos los interahamwe, los mai mai, las Fuerzas Democráticas de Liberación de Ruanda (FDLR), formadas por miembros del ex-ejército ruandés, las milicias paramilitares tutsi de Laurent



Nkunda y los soldados de las Fuerzas Armadas de la República Democrática del Congo (FARDC).

Los objetivos de las violaciones masivas, usadas como arma de guerra, es destruir la moral del enemigo. Violar a sus mujeres es desmoralizarle, vejarse y multiplicar el dolor y la pobreza de toda la comunidad, puesto que son ellas los pilares fundamentales de la subsistencia diaria de la familia.

## Huellas difíciles de borrar

Las agresiones sexuales dejan señales como marcas de fuego en el alma de estas mujeres víctimas del odio y la locura que genera toda guerra. Muchos de los casos no se denuncian y las víctimas guardan el agravio como un secreto inconfesable, por miedo a ser abandonadas y rechazadas por sus maridos y familiares.

Los hechos ocurren a menudo delante de sus hijos. El ginecólogo Denis Mukwege, director general de hospital de Panzi, en Bukavu, en el Kivu Sur, realiza entre tres y cuatro operaciones de reconstrucción quirúrgica para tratar las fistulas, una patología terrible y con un gran estigma: la vejiga o el recto se comunican y no se puede detener la

orina y los excrementos. En Panzi todas las fistulas se deben a las violaciones.

«Las violaciones se acompañan a menudo de mutilaciones. Los hombres meten a veces en la vagina palos o bayonetas que destrozan el aparato genital. El resultado: fistulas, infecciones, esterilidad y enfermedades de transmisión sexual, como el VIH», testimonia Denis Mukwege. Según el programa de Salud de la República Democrática del Congo al menos el 20 por ciento de las mujeres de las provincias del este del país están infectadas por el virus.

«Es una muerte a fuego lento que tiene la 'ventaja' de ser discreta: nada de fotos, de montones de cadáveres como cuando el genocidio ruandés, ni de fosas comunes que puedan conmover a la comunidad internacional» denuncia Mukwege.

A los daños físicos se suman las graves marcas psicológicas y mentales. «Fui violada delante de mis cuatro hijos», aseguraba a la BBC una mujer de Fizi. «Estoy avergonzada muy avergonzada. Si me encuentro con dos o tres personas que están discutiendo de algo, creo que están hablando de mí, incluso cuando no sea el caso».

Vergüenza, sentimientos de culpabilidad, terrores nocturnos, depresión,

obsesiones, miedos, abandono de sí mismas... Traumas difíciles de superar, mujeres necesitadas de terapias para recuperar la dignidad ultrajada.

Los violadores, enloquecidos por el consumo de drogas, no tienen en cuenta ni siquiera la edad de sus víctimas: mujeres, adolescentes, niñas –incluso bebés– y ancianas, pues, según una creencia cargada de superstición, tener relaciones sexuales con menores o ancianas les hace inmunes a los ataques.

## Condenas unánimes

Desde 1994 la violación está considerada como un crimen por el Tribunal Penal Internacional. El consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ha reconocido que la violación es un arma de guerra, una táctica que persigue «humillar, dominar, infundir miedo, dispersar y/o forzar a los miembros civiles de una comunidad a desplazarse».

En noviembre de 2009 el Parlamento europeo se manifestaba «profundamente escandalizado» por los últimos acontecimientos en la República Democrática del Congo y urgió a que los responsables de la violencia fueran llevados a los tribunales internacionales. Pero frente al escarnio, ¿de qué valen las definiciones? ¿Las declaraciones enérgicas de conde-

na? ¿Las cifras, las estadísticas? ¿Dónde están los medios para restaurar tanta humillación y dolor? ¿Dónde la voluntad para poner fin a estos terribles actos contra el cuerpo y la dignidad de las mujeres? ¿Dónde los tribunales y organismos de la justicia para juzgar a tamaños criminales, para conseguir que tales delitos no queden impunes?

«Las mujeres congoleñas están cansadas de las conferencias y los simposios sobre la violencia que ellas sufren, porque quieren ir a las causas de estos actos», aseguraba la misionera javeriana italiana Teresina Fatti, que trabaja en Kivu Sur desde hace años, al programa de TVE Pueblo de Dios.

«En estos quince años de guerra e insurgencia en la provincia de Kivu Sur, las mujeres han pasado de la inocencia de creer que la guerra era una cosa solo de los ejércitos, o al menos sólo de hombres, a la sorpresa de verse ellas mismas objetivo de los ejércitos y las bandas en el más humillante de los modos, han pasado de huir inútilmente, a la humillación sin fin, a veces incluso hasta la muerte, y también, a menudo, se han desilusionado con una asistencia humanitaria que se aprovecha de su tragedia» comenta Teresina.

«No se trata de un soldado individual que, siguiendo los instintos más



brutales, violenta a una joven, sino de un uso sistemático de la violencia sexual para destruir psicológicamente a la población», continúa la misionera. Por eso, «las congoleñas no quieren tantas llamadas a la solidaridad para ellas sino que desean ir a la raíz de las violencias: quieren saber quién ha promovido esta estrategia de violaciones como arma de guerra».

Después de hablar alto y claro de las mujeres congoleñas, Teresina, sin instalarse en la desesperanza, añade: «Me gustaría rendir homenaje a la valentía de las mujeres que han sido capaces de hacer frente con valor y dignidad a los horrores. Varias mujeres han preferido morir antes que someterse a la voluntad de sus secuestradores. Otras, después de haber sido objeto de violencia, están haciendo todo lo posible para recuperar una vida normal y cuidar de sus hijos».

## Atención y reinserción

Organizaciones locales, como Mujeres por la Promoción de la Salud Integral (FEPSI, en siglas francesas) y el Programa de promoción de la Atención Primaria de Salud (PPSP), que disponen de programas de asistencia sanitaria y psicológica, llevan varios años ofreciendo ayuda a estas mujeres. También propone una formación que facilite su

reinserción y autonomía, pues muchas son rechazadas por sus familiares.

Asimismo, cuentan con la colaboración de la ONG española Farmamundi. En el último año han ayudado a 1850 mujeres víctimas directas de la violencia o agresión sexual, y otras 50.000 más se han beneficiado de las sesiones de sensibilización organizadas por FEPSI y PPSP, con el fin de reforzar los conocimientos y competencias de líderes y otros miembros de las comunidades para la prevención de la violencia sexual.

Desde FEPSI, por ejemplo, han conseguido que 70 mujeres reciban dos cabritos, uno hembra y otro macho, para poder iniciar la producción pecuaria. La primera cría se devuelve al proyecto para que sirva como donación a nuevas mujeres en la misma situación de desamparo.

## África Tumaini

También desde el ámbito religioso se está trabajando eficazmente para acompañar a las mujeres víctimas de tal escarnio. El P. Donato Lwiwando, misionero javeriano congoleño, comenzó en 2006 a trabajar con estas mujeres que habían sido víctimas de la violencia sexual. En 2007 abrió una casa de acogida en Bukavu, que se llama Tumaini ni Uzima, en la que residen en estos momentos 17

mujeres víctimas de violación y seis bebés.

En España se ha creado el grupo África Tumaini para apoyar a esta asociación local, sensibilizar sobre la situación de estas mujeres y respaldarlas, en lo que puedan, con algo de financiación, para terminar de equipar la casa y comprar maquinas de coser con el fin de que monten un pequeño negocio en los mercados que les ayude a sobre vivir.

También existen iniciativas en el ámbito cultural. Eve Ensler, dramaturga norteamericana y activista contra la violencia de la mujer, envió una carta al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en julio de 2007 titulada "Volver del infierno", tras pasar varias semanas entrevistando a mujeres en Bukavu y en el hospital de Panzi.

En un momento de la carta asegura: «Me he pasado diez años escuchando las historias de mujeres violadas, torturadas, quemadas y mutiladas en Bosnia, Kosovo, Estados Unidos, Ciudad Juárez (México), Kenia, Pakistán, Haití, Filipinas, Irak y Afganistán. Y si bien considero que es peligroso comparar atrocidades y sufrimientos, nada de lo que había escuchado hasta ese momento era tan horrible y terrorífico como la destrucción de la especie femenina en Congo. La situación no es otra cosa que un femicidio y tenemos que reconocerla y analizarla

como tal. Es un estado de emergencia. Las mujeres son violadas y asesinadas en todo momento».

Pero el crimen más terrible es «la pasividad de la comunidad internacional, de las instituciones gubernamentales, de los medios de comunicación...La indiferencia total del mundo ante tal exterminio», afirmaba contundente esta incansable activista.

En febrero pasado, Ensler estuvo en Bukavu inaugurando la Ciudad de la Alegría, a petición de las mujeres víctimas de violación que buscan un lugar donde poder sanar, formarse, convertirse en líderes, y donde tener tiempo y respiro para construirse a ellas mismas y reorientar sus energías hacia sus comunidades.

Iniciativas todas ellas que son auténticos destellos de luz en la vida de unas mujeres que, ultrajadas hasta el infinito, prefieren no sucumbir a la dinámica de la violación impuesta, para superar su doloroso pasado y recomponer su futuro y su sonrisa.

© Mundo Negro 2011



## FOTOGRAFÍAS

1. "We have lived in a state of fear for months"  
Marie Cacace / Oxfam

2. "MaiMai Soldier"  
Eddy Mbuyi / Oxfam

Ambas de la galería de Oxfam East Africa en Flickr  
Licencia CC BY 2.0  
<http://creativecommons.org/licenses/by/2.0/>

3. "Femmes victimes de violences, soignées à la clinique de Panzi, à Bukavu"

De la galería de André Thiel en Flickr  
Licencia CC BY-NC-SA 2.0  
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.0/>

4. Mungbere. Trabajo  
África Tumaini / Mundo Negro

5. África Tumaini / Mundo Negro

6. África Tumaini / Mundo Negro

7. África Tumaini / Mundo Negro

Los textos y fotografías de este documento, salvo indicado, no son propiedad de la Fundación Mainel.

Este dossier es parte del proyecto de sensibilización "Caddy Adzuba. Una Voz", desarrollado por la Fundación Mainel con financiación de la Consejería de Asuntos Sociales de la Comunidad de Madrid. Los contenidos de esta publicación son responsabilidad de sus autores. La Comunidad de Madrid no asume responsabilidad alguna sobre los mismos.

Más información en <http://www.mainel.org/unavoz>